

Alonso Cueto  
Palabras de otro lado



Aurora es una joven abogada de treinta años que vive en Lima. Es una profesional exitosa y lleva una vida apacible. En el inicio de esta novela, luego del secreto que le revela su madre en su lecho de muerte, se encuentra sin embargo frente a un abismo. Descubre que su padre es un español que vive en Madrid y, después de algunas dudas, decide viajar a buscarlo. A lo largo de la búsqueda en una ciudad que recién conoce, va a toparse con una serie de personajes. Carlos, Nuria, Paco, Luis y otros van a acompañarla en una jornada de revelaciones personales y sustituciones del pasado. Ambientada en Madrid y Barcelona, la novela sigue la exploración de esta joven mujer en los laberintos de su identidad. Poco a poco, cuando se va acercando a la verdad de quién es su padre y de quién es ella, reconoce a un fantasma de su pasado. Provista de humor, suspenso y un lenguaje que hurga en el inconsciente de los personajes, *Palabras de otro lado* es una historia de nuestro tiempo. Aurora es latinoamericana, es peruana y también es española. Es joven y al mismo tiempo está abrumada por su pasado. Es una migrante que no sabía que lo era. Por su sangre corren muchas historias y secretos, de culturas y países distintos. Todos los personajes que encuentra en España, migrantes por vocación y por necesidad, la reconocen como suya. Viajera que anda con firmeza y a tientas, Aurora descubrirá sin embargo al final de la novela que su verdadero padre es alguien distinto a quien ella esperaba.

A Kristin



## I

Estamos en las finales.

La voz suena como una bandera blanca que ondea sobre el silencio oscuro de la sala. Es mejor saberlo. Estamos en las finales, falta muy poco.

La enfermera es alta, delgada y de facciones duras. Aurora la mira. Es una extraña en la sala de su casa. Pero es una extraña que está hablando de su madre. Tiene una tristeza neutra en los labios y emite sonidos como balas detenidas en el frío.

Acababa de haber un cambio de turno. Era la primera vez de esa mujer. No la había visto antes y se sentaba de un modo tan profesional, el modo con el que pasaba las páginas de algunos análisis para emitir su sentencia.

Aurora pensó que la enfermera recién llegada era la muerte. La muerte vestía un uniforme verde, estaba instalada en un sillón, y anunciaba el fin de la vida de su madre.

Un poco más allá, bajo la sombra de la escalera, su tía Avelina se persignó y murmuró algo con las manos dobladas.

Aurora miró hacia el pasillo, tomó valor y se puso de pie. Entró al dormitorio. La tía Avelina la siguió.

Allí estaba la cama blanca, el cuerpo encogido, el rostro doblado de su madre, Dora. El rostro desamparado, sobre la almohada. Los pelos esparcidos buscando aferrarse a la sábana. La boca inmóvil y entreabierta. Los ojos exilados en una zona que no alcanzaba en ese cuarto.

Aurora notó, con un nuevo asombro, que las cejas y los labios casi habían desaparecido. Pronto su madre iba a per-

der la cara que todos conocían. Iba a entregarse a la máscara que va uniformando a los moribundos por igual. Unas facciones ruinosas y homogéneas que le van quitando su identidad a cada persona y que los iguala en la forma de la especie, como el rostro apretado que tenía cuando acababa de nacer.

Pero no había llegado a ese estado todavía. En ese instante su madre aún estaba viva. Frente a ellas. Echada boca arriba, mirando el cielo con los ojos cerrados, los brazos extendidos hacia el borde de la cama, la nariz alzada buscando salir. Cada soplo de sus pulmones parecía un milagro. Apenas se movía en su sueño despierto. A su lado, se había sentado esa enfermera maligna, que la miraba, quizá pensando en terminar su trabajo cuanto antes allí.

Estamos en las finales, sí. En vez de decir que su madre iba a empezar una nueva vida, que iba a encontrarse con el Señor, que iba a estar por fin junto a su difunto esposo Leonardo. En vez de decir que iba a descansar y a seguir con ellas, desde el otro lado.

Su madre no estaba en las finales. Eso lo decía la enfermera, lo decía la ciencia, lo decían esos exámenes clínicos. Pero eso era la gente de Lima. Porque la gente en Lima no piensa como la del Cusco. Para la gente de Lima la muerte es el fin de algo, como el fin de un camino o de un trabajo.

Su madre lo había dicho muchas veces. La gente de Lima no tenía respeto ni por la vida ni por la muerte ni por los seres humanos que cruzan las sombras y encuentran la luz. Su madre iba a morir en cualquier momento, pero iba a iniciar una vida que solo ella iba a conocer. Iba a enviarles señales desde esa otra vida. No estaba en las finales sino a punto de desprenderse de todo esto que está aquí para entrar en otro reino, el de las cosas permanentes y las verdades esenciales. Ella y su madre lo habían hablado muchas veces.

Aurora miró a su tía Avelina y luego a lo que había cerca de la cama.

Ahí estaban los objetos que siempre habían rodeado a su madre. Su Virgen de Paucartambo con su vestido dorado y rojo y su velo blanco y su niño Jesús, sus retablos de agricultores y espigas, sus cajitas de joyas que hace mucho no se ponía. El armario, la lámpara del techo con gajos de vidrio, el espejo en el que seguramente se había mirado todos los días.

Los objetos estaban en el lugar donde ella los había dejado, para acompañarla. La estaban mirando, iluminados por el resplandor de la primavera en la ventana. Era como si todos le dijeran que por un tiempo, que duraría uno o dos días eternos, su madre aún está viva. Allí con ella, con su tía, y lejos de esa enfermera uniformada.

Se acercó a la cama.

—Dora, tienes que descansar. Estamos aquí contigo.

Un largo silencio, con algunos golpes de ruidos de motores en la calle.

—Me da mucha pena dejarte —dijo una voz que salía de ella—, pero sé que vas a estar bien. En todo caso, me voy a ver a Leonardo.

Aurora recordó a su padre, Leonardo. De pronto la orfandad de ambos padres era la mejor definición de la soledad. Iba a estar muy pronto sola, en el mundo. Flotando en el espacio sideral. Sola. Pero en ese momento no podía aceptar que su padre hubiera muerto y ahora su madre tuviera que seguirlo.

—No —le dijo Aurora—. No, Dora. No vas a dejarnos.

El rostro sonrió.

Le gustaba que la llamara así. Era su madre pero desde que Aurora era adolescente la había llamado por su nombre. Dora. Quizá porque rimaba con el de ella y así se sentía más cerca.

Aurora había dormido en el sofá, junto a Dora, la noche anterior. Y la anterior. Y todas las noches desde que había

empezado la última etapa de la enfermedad. Durante el sueño de la víspera, su madre había dicho algunas frases. Pedidos, gestos, manos alzadas. Quiero decirte algo. Pero por favor no te vayas. No me dejes. Cuando una se muere, tiene mucho que decirle a la hija que se queda. Tienes que saber algo.

Después murmullos, susurros, conversaciones con una sombra. Ruidos de la última vida, los músculos y los huesos que protestan, un desmoronamiento del pelo, las perturbaciones de sus labios, el temblor precario de los párpados. Y luego la quietud del rostro. La quietud de la respiración agitada. La quietud de lo que se cernía sobre ella. Pero por ahora estaba en su cuarto. Estaba con su hija y su hermana. En ese rostro, durante la noche anterior, habían aparecido algunas nuevas palabras. Nombres incomprensibles, diálogos con fantasmas, algunos amagos de risas y llantos, ruidos de vida. Fragmentos de voz desordenados y coléricos y llenos de lástima, y alguna exclamación de alegría. Qué bien, qué lindo, qué bien. Había abierto los ojos y se había vuelto a quedar dormida o desfallecida o casi muerta.

Pero todavía no podía morir. No iba a morir. Iba a seguir allí. Al menos hasta que llegara Tito.

La mañana siguiente, al abrir los ojos, Dora la reconoció, le sonrió, movió los labios. Aurora se dio cuenta de que su madre había querido hablarle, durante varios días. Estaba enchufada a la sonda, el líquido de la almohadilla seguía goteando, era la rutina de la agonía asistida. Cada vez era más difícil cambiarle la túnica por las otras que le habían comprado. Su espíritu, hecho durante tantos años de una energía y un humor sostenidos, estaba a punto de inclinarse. Luego la muerte iba a viajar, como una mosca azul, en pos de alguna otra víctima.

—Mamá, ¿quieres decirme algo? Dime.

El rostro se movió.



—Está esperando que llegue Tito —dijo su tía Avelina.

Tito, su hermano que vivía en Miami, le había hablado dos días antes.

—No conseguí avión, hermanita. Son fechas muy difíciles.

—No se va a morir hasta verlo —dijo su tía Avelina.

Eso había sido el domingo. Pero ahora, esa misma mañana del martes, Tito había tomado el avión. Estaba a punto de llegar.

En ese instante, el timbre sonó.

Aurora fue corriendo a la puerta. Allí estaba su hermano Tito, el saco oscuro, el pelo revuelto, los pasos rápidos, un maletín de cuero.

—Te está esperando —le dijo.

Tito entró y llegó a la cama. Le cogió la mano.

El rostro de su madre se movió. Abrió los ojos.

—Tito, Tito. Amor.

Él le apretó las manos.

—Tito, gracias. Gracias, gracias, gracias.

—Vas a ponerte bien, mamá.

—Gracias, hijo.

Su madre se quedó mirando al recién llegado. Era como un intento de llevárselo con ella, de retener la imagen de ese niño que había visto a lo largo de veintinueve años, regresando a un futuro a su lado, reconociendo todos los rostros que se superponían, sosteniendo a Tito en el pecho con la certeza de lo que hubieran sido las vidas de ellos juntos.

De pronto cerró los ojos. Habló en voz baja.

—Ahora por favor, Tito, déjame sola con tu hermana un momento.

—Mamá.

—Por favor.

La voz de su madre en esas tres sílabas, las vocales rápidas y abiertas, por favor, déjame sola con tu hermana un

momento, por favor, qué determinación tan extraña en ese sonido.

Aurora no había oído esa voz desde el agravamiento de la enfermedad, el cáncer al hígado que había invadido todo el resto de su cuerpo unas semanas antes. Un cáncer demasiado rápido y masivo. Su madre acababa de cumplir los sesenta años.

Aurora había pasado felizmente toda su vida junto a ella. Su trabajo había sido absorbente pero desde el comienzo buscó que le dejara tiempo para estar con su madre. Además era soltera y pudo dedicarse a ella. Sus ocupaciones como abogada en la sección tributaria del bufete del doctor Puma, aparte de su timidez y afición a leer novelas, habían absorbido el resto de su tiempo. Alta, delgada, de ojos oscuros y líquidos, con un mechón siempre cayéndole sobre el rostro, sabía que era una mujer atractiva. Pero no le daba mucha importancia a ese asunto, para qué vamos a estar pensando en eso. Había conocido a muy pocos hombres. Tres o cuatro habían sido sus parejas por un tiempo. Era algo que había hablado con Dora muchas veces. Debes conocer a nuevos chicos, le había dicho su madre. Seguramente por eso la llamaba. En ese momento quería hablarle de eso a solas, darle un consejo para encontrar al «hombre de su vida». Pobre mamá, pensando en esas cosas, mientras se muere. Sabiendo que se moriría sin nietos. Pensando en ella.

Para sorpresa de todos, la voz de su madre se hizo aún más fuerte.

—Vuelvo a decirles. Por favor, todos salgan. Quiero hablar con Aurora.

—Ya la han oído —fingió tomar el control la tía Avelina—. Todos fuera.

Su tía Avelina y la enfermera salieron. Tito las miró, luego miró a su madre, y salió con ellas.

Se oyó un sonido que Aurora nunca había sentido en ese cuarto. Un sonido áspero y extraño, como de otro tiem-

po, como el de algún animal que se había quedado agazapado bajo el armario.

Aurora se acercó a la cama, con una silla. Se sentó. Los ojos de su madre siempre le habían parecido estrellas en el firmamento de un mundo perdido. La vio echada, con la mirada en la pared. Hablaba sin mirarla.

—Tienes que saber algo —le dijo—. Tengo que decirte algo muy importante.

—No te canses, mamá.

—Tu padre —le dijo ella.

—¿Qué pasa con mi padre, mamá?

Su madre se quedó en silencio, esperando que las palabras le llegaran.

—Tu padre no es Leonardo, Aurora. Tu padre es otro hombre.

La voz se quedó en el aire, ocupando un lugar definitivo, las palabras explorando cada rincón del cuarto, encontrando el lugar más oscuro y fijo para instalarse allí.

Aurora sintió un escalofrío en la espalda. Se dio cuenta de que no podía hablar. De pronto atinó a decir algo.

—Mamá. ¿Qué te pasa? ¿Estás delirando? Por favor, mamá. Tranquila nomás.

—Te lo puedo decir, bendito sea Dios, porque se lo dije también a Leonardo. Él sabe. Él me ayudó, me salvó la vida. Y te salvó a ti porque también te adoraba. Pero no es tu padre de verdad. Tu padre...

—Mamá.

Dora volteó hacia ella. Tenía la piel apretada a los huesos.

—Escúchame. Tu padre está vivo. Muy lejos está. Pero está vivo. Tu padre está vivo.

Aurora se reclinó en el espaldar, tratando de alejarse. Su madre la seguía con la mirada. Trató de sostenerse.

—Mamá. ¿Qué me estás diciendo? Deben ser las medicinas. Por favor.

—Él trabajaba en una empresa de minería en el Cusco, Aurora. Yo también trabajaba allí, era una secretaria. Ya te conté que trabajaba en una empresa de minas. Te conté muchas veces.

—No quiero saber nada de eso, por favor, mamá. Tranquila.

Su madre la seguía mirando. Pero en ese momento algo se había organizado en su piel. Su cuerpo se había recompuesto, alrededor de un impulso final. Parecía observarla desde arriba. Aurora sintió un vacío, como si todas sus entrañas hubieran desaparecido y solo quedara dentro de ella un abismo negro.

—Me casé con Leonardo embarazada de otro hombre.

—Mamá.

—Cuando ocurrió, yo todavía no conocía a Leonardo.

—Por favor.

El silencio se fue alargando. Su madre movía los labios, como buscando recuperar fuerzas. De pronto continuó.

—Leonardo es padre de Tito pero no es tu padre. Tu padre es Ignacio. Se llama Ignacio. El señor Ignacio Peña. Vive en España. En Madrid. Vive allí. Tu padre vive allí. Tienes que saberlo. Tienes que ir a buscarlo, Aurora. Por favor.

Cada palabra le llegaba como un golpe desde algún lugar desconocido de la habitación. No era su madre sino una voz sin cuerpo que revoloteaba por las esquinas y que se fraguaba frente a ella.

Aurora movió la cabeza, como tratando de espantar algo que volaba cerca. Una calma repentina venía a asistirle.

—Descansa, mamá. No te puedes agitar así.

Se dio cuenta de la firmeza de su tono. No entendía por qué reaccionaba con esa tranquilidad. No había aceptado lo que escuchaba, era eso, lo había oído pero no había aceptado nada de eso, ni siquiera pensaba que era un invento del delirio final. No era ella quien escuchaba.

Entonces su madre se incorporó. Era como si de pronto todas las enfermedades le hubieran dado un instante de

permiso. El cilindro de suero despidió una burbuja.

La voz tenía una energía inesperada, la de una mujer joven y sana, que pronunciaba cada sonido.

—Se llama Ignacio Peña. Creo que vive en Madrid. Sí, en Madrid. Tienes que ir a buscarlo.

Dijo algo más que Aurora no pudo escuchar, y cerró los ojos. Luego los abrió. Brillaban con fijeza en un rostro sin color. Aurora se acercó y la acomodó, con la cabeza de costado.

—Por favor, mamá. Ya basta con esto.

Su madre alzó la mano.

—Yo...

Señaló el armario. Había una fila de cajones.

—Vas a encontrar algo entre mis papeles. Allí, en el armario. Hay un pequeño cofre atrás, al fondo. Nunca olvides a mi Leonardo. Pero recuerda el nombre de tu padre, hija. Ignacio Peña. Recuérdalo. Búscalo. Tienes que buscarlo. Tienes que conocerlo. Por favor. Tiene una mancha en la mano izquierda. Una mancha larga y roja. Recuerda eso.

—Mamá.

—Búscalo, búscalo. Que te ayude. Que te dé lo que no pudimos darte aquí. Él supo lo de mi embarazo. Supo de ti. Supo de ti.

—Vamos a pensar en cómo vas a mejorarte, mamá. Yo estoy bien pero tú tienes que descansar.

—Hazme caso, hija. Hazme caso.

Su madre se incorporó.

—Bueno, ¿pero qué estás haciendo? Échate por favor. No te muevas así.

—Tú nunca me has obedecido mucho, pero esta vez vas a hacerme caso. Creo que le va bien a él por allá. Creo que Ignacio está bien.

Dora se incorporó y se quedó sentada al borde de la cama. Al verla, Aurora sintió un mareo. A su alrededor, todos los objetos daban vueltas. Encontró una silla cercana.

—¿Pero qué haces? No te pares. ¿Quieres que te traiga algo?

Dora volvió a echarse.

—Ahora vas a hacerme caso. Él te puede ayudar. No es un mal hombre. Solo que es un poco cobarde, nada más.

—Pero cómo voy a...

—Porque tienes tus derechos, mujer. Y te digo que yo los tenía pero los perdí.

—No hables así.

Su madre movió las manos entre las sábanas, como si estuviera buscando algo.

—Yo también fui cobarde. Debí exigirle más. Debí hacer más. Pero felizmente llegó Leonardo. Mi adorado Leonardo, mi adorado Leonardo. Llegó a mi vida. Y a la tuya. Pero se fue, Dios mío. Se fue. Y ahora que no está, que no estamos ninguno de nosotros, eso no puede seguir pasando. Porque ahora que me muero... te toca saber... tienes que saber la verdad.

Su madre señaló el armario.

—Mira allí, por favor, Aurora. Es el último cajón de la derecha. Ábrelo.

—Qué.

Aurora se quedó inmóvil. No atinaba a moverse ni a decir nada.

—Hay un sobre allí. Saca el sobre de allí.

Por fin Aurora la obedeció. Buscó en el fondo del cajón, y encontró un sobre largo y grueso.

—He estado ahorrando para este momento —le dijo.

Aurora abrió el sobre. Había varios fajos de cien dólares. Era de no creer, mamá. ¿De dónde había reunido tanto dinero?

—Esto lo he guardado para ti. Bendito sea Dios que me ha dado este momento de fuerzas para decirte. Toma eso. Cómprate un pasaje a España. Búscalo. Visítalo. Anda a verlo. Hay algunos papeles allí. Una carta hay en ese mismo cajón. Una carta y una foto al fondo. Mira.

—Mamá, por favor, estás delirando.

—Te estoy contando todo, hija. Te estoy contando. Leonardo sabía que tú eras hija de él. Cuando nos conocimos yo ya estaba embarazada. Pero te reconoció, te dio su nombre. Ay, Dios mío. Ahora ya puedo verlo para contarle que tú también sabes lo buen hombre que fue él. Felizmente puedo contarle ahora. Y te lo digo a ti. Leonardo te reconoció, te dio su apellido, te quiso mucho, te adoró sabiendo que no eras suya. Te crio al igual que a Tito. Porque eras suya. Porque eres suya. Sí. Como él... Por eso ahora estoy tranquila... Ahora que lo vea, le voy a decir que te lo conté todo. Que sabes que le debes la vida.

—Mamá. No tienes que explicarme.

—Te lo digo. Leonardo nos acogió. Nos acogió con su amor. Con su nobleza, sí, hija, con su nobleza, te digo. A mí y a ti en mi vientre, hijita. Fue cuando yo estaba desesperada porque tu verdadero padre se había ido a España. Por eso nos vinimos a Lima después de un tiempo. Por eso no volvimos a Cusco. Porque allí algunos sabían de esto. Y nos fue bien aquí, como has visto todos estos años. Todos estos años, Dios mío. Ahora sí puedo irme tranquila. Ahora que te he dicho eso. Y le voy a contar a Leonardo que te dije. Me libero de una carga, hija. Por fin.

Aurora sintió que las lágrimas le daban vueltas por la cara. No eran lágrimas de pena o de dolor sino de asombro. Se contuvo a tiempo.

—Sí, mamá. Gracias, mamá —dijo sin saber por qué.

—Ahora...

Su madre no pudo terminar la frase. Se cayó de costado en la cama.

—Tito. Tía Avelina —dijo Aurora.

La enfermera entró.

—Se ha desvanecido —dijo—. Solo hay que rezar y que esperar.

—¿Pero qué ha pasado, Aurora? ¿Qué te ha dicho? ¿Por qué se ha puesto así?